

DOT HUTCHISON

EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS



EL *THRILLER* MÁS
ESCALOFRIANTE DEL AÑO

m̄

DOT HUTCHISON

EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS

Traducción de
Graciela Romero Saldaña

m̄r

Título original: *The Butterfly Garden*

© Dot Hutchison, 2016

© por la traducción, Graciela Romero Saldaña, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con

Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-270-4539-2

Depósito legal: B. 965-2019

Composición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Los técnicos lo informan de que la chica que está al otro lado del cristal no ha dicho ni una sola palabra desde que ha llegado. Al principio no le sorprende, teniendo en cuenta los horrores por los que ha pasado, pero al contemplarla desde el otro lado del espejo unidireccional comienza a cuestionárselo. Está desplomada sobre una silla de metal, con la barbilla apoyada en una mano vendada, mientras con la otra traza símbolos sin sentido en la superficie de acero inoxidable de la mesa. Tiene los ojos entornados y, debajo de ellos, unas sombras oscuras magullan su piel; su pelo negro, recogido en un moño desaliñado, se ve sucio y sin vida. Es evidente que está exhausta.

Pero no diría que está traumatizada.

Mientras le da un trago a su café, el agente especial del FBI Victor Hanoverian observa a la chica y espera a que lleguen los demás miembros de su equipo. O, al menos, su compañero. El tercer miembro fundamental está en el hospital con las otras chicas, intentando conseguir información sobre su estado y, si es posible, sus nombres y sus huellas digitales. Otros agentes y técnicos están en la propiedad, y lo poco que ha sabido de ellos ha despertado en su interior el deseo de llamar a sus propias hijas para asegurarse de que están bien. Pero Victor sabe cómo tratar a las personas, especialmente a los niños traumatizados, así que lo mejor es que siga ahí, esperando para entrar y hablar con ella.

Alrededor de la nariz y de la boca de la chica nota las marcas rosadas y apenas visibles de la mascarilla de oxígeno, y también puede

ver las manchas de mugre y hollín en su cara, así como la ropa que le han prestado. Tiene las manos y el brazo derecho envueltos en vendas; Victor puede seguir la línea abultada que dibujan las que están debajo de la fina camiseta que le dieron en el hospital. La chica, vestida con unos pantalones quirúrgicos, tiembla y mantiene los pies encogidos para no tocar el suelo frío, pero no se queja.

Él ni siquiera sabe su nombre.

No conoce los nombres de la mayoría de las jóvenes a las que rescataron ni de aquellas que no consiguieron salvar. Ésta sólo ha hablado con las otras chicas, con nadie más, e incluso en esa conversación no se mencionaron nombres ni ninguna otra información. Únicamente..., bueno, algo que no puede definir como consuelo: «Tal vez mueras, tal vez no, así que relájate para que los médicos puedan hacer su trabajo». No eran exactamente palabras de aliento, pero así fue como parecieron tomárselo las otras chicas.

Ella se retrepa en su silla y extiende los brazos sobre la cabeza con lentitud hasta que su espalda se curva como la cuerda de un arco. Los micrófonos captan el doloroso crujido de una vértebra. Negando con la cabeza, se deja caer sobre la mesa, apoya la mejilla contra el metal y coloca las palmas contra la superficie. Está de espaldas al espejo, de espaldas a él y a los demás que sabe que deben de estar ahí, pero el ángulo ofrece otro detalle de interés: las líneas.

En el hospital le dieron una foto al agente; sólo son visibles los bordes de colores brillantes que asoman por la parte de atrás de sus hombros. Es difícil ver el resto del diseño, pero la camiseta no es lo suficientemente gruesa como para ocultarlo por completo. Saca la fotografía de su bolsillo y la sostiene contra el cristal; recorre con la mirada el papel brillante y alcanza a ver del diseño en la espalda de la chica. No sería relevante si no fuera porque sólo una de las chicas no lo tiene. Diferentes colores, diferentes diseños, pero todos básicamente iguales.

—¿Cree que se los ha hecho él, señor? —pregunta uno de los técnicos mientras observa a la chica por el monitor. La cámara está

colocada al otro lado de la sala de interrogatorios y ofrece una vista ampliada de su cara, sus ojos cerrados y su respiración lenta y profunda.

—Ya lo descubriremos.

No le gusta hacer suposiciones, especialmente cuando saben tan poco. Ésta es una de las pocas veces en su carrera en las que lo que han encontrado es mucho más terrible de lo que imaginaban. Está acostumbrado a pensar lo peor. Cuando un niño se pierde, trabaja como un loco, pero no espera hallarlo con vida. Quizá lo desea, pero no lo espera. Ha visto cadáveres tan pequeños que es increíble que haya féretros de su tamaño; ha visto niños que fueron violados antes de que conocieran el significado de la palabra, pero de algún modo este caso es tan inesperado que no sabe qué pensar.

Ni siquiera sabe cuántos años tiene la chica. Los médicos suponen que está entre los dieciséis y los veintidós, pero eso no lo ayuda mucho. Si tiene dieciséis, probablemente debería estar ahí un representante de Protección de Menores, pero ya se arremolinaron en el hospital como un enjambre y sólo complicaron las cosas. Ofrecen un servicio valioso y necesario, pero eso no hace que estorben menos. Victor intenta pensar en sus hijas, en qué harían si estuvieran encerradas en un cuarto como esa chica, pero ninguna de ellas tiene tanto autocontrol. ¿Eso significa que ella es mayor? ¿O sólo demuestra tener más práctica en parecer imposible?

—¿Se sabe algo más de Eddison o de Ramírez? —les pregunta a los técnicos sin dejar de observar a la chica.

—Eddison viene de camino; Ramírez sigue en el hospital, con los padres de la más pequeña —responde una de las mujeres. Yvonne no mira a la chica que está en la habitación, ni siquiera a través de los monitores. Tiene un bebé en casa.

Victor se pregunta si debería sacarla del caso, pues acaba de reincorporarse al trabajo, pero decide que ella misma dirá algo si no puede soportarlo.

—¿Ésa fue la que desencadenó la búsqueda?

—Sólo estuvo perdida un par de días. Desapareció del centro comercial mientras estaba de compras con sus amigas. Según ellas, salió de los probadores para buscar otra talla y ya no volvió.

«Una persona menos a la que buscar.»

En el hospital habían sacado fotos de todas las chicas, incluso de las que habían muerto en el trayecto o al llegar, y estaban buscándolas en la base de datos de personas desaparecidas. Sin embargo, los resultados tardarían en estar disponibles. Cuando los agentes o los médicos les preguntaban su nombre a las que estaban en mejores condiciones, ellas se volvían a mirar a esa chica, que sin duda era su líder, y la mayoría no decía nada. Unas cuantas parecieron pensarlo antes de romper en sollozos, lo que hizo que las enfermeras acudieran a toda prisa.

Pero con la chica que está en la sala de interrogatorios no fue así. Cuando le preguntaron, ella simplemente miró hacia otro lado. Por lo que han podido ver, parece que es alguien que no tiene ningún interés en que la encuentren. Esto hace que entre ellos haya quien se pregunte si es realmente una víctima.

Victor suspira, se acaba lo que queda de su café y aplasta el vaso antes de lanzarlo a la papelera que está junto a la puerta. Preferiría esperar a Ramírez; que haya otra mujer en la habitación siempre es de ayuda en circunstancias como ésta. ¿Puede esperarla? No hay forma de saber cuánto tiempo estará con los padres, o si otros padres acudirán en masa al hospital cuando las fotos aparezcan en los medios. «Si es que se las hacen llegar a los medios», se corrige frunciendo el ceño. Odia esa parte, odia exponer las fotos de las víctimas en todas las televisiones y en los periódicos, porque ya nunca habrá manera de olvidar lo que les pasó. Esperarán hasta tener la información de las personas desaparecidas.

Detrás de él, la puerta se abre y se cierra de golpe. La habitación está insonorizada, pero el cristal vibra ligeramente y la chica se yergue con rapidez, entornando los ojos ante el espejo. Y es de suponer que también ante aquellos que están detrás, como ella debe de saber.

Victor no se gira. Nadie pega portazos como Brandon Eddison.

—¿Tienes algo?

—Encontraron coincidencias con un par de informes bastante recientes; los padres están de camino. Hasta ahora todas son de la costa Este.

Victor retira la fotografía del cristal y vuelve a guardársela en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Algo más sobre nuestra chica?

—Algunas se refirieron a ella como Maya, después de que la trajeran aquí. Sin apellidos.

—¿Es su verdadero nombre?

—Lo dudo.

Eddison se esfuerza para cerrarse la cremallera de la chaqueta por encima de su camiseta de los Redskins. Cuando el personal de emergencias encontró a las supervivientes llamó al equipo de Victor, que estaba fuera de servicio, para que se hiciera cargo. Conociendo los gustos de Eddison, Victor agradece que no haya ninguna mujer desnuda en su camiseta.

—Tenemos un equipo registrando la casa principal para ver si ese bastardo guardaba algo personal.

—Creo que estaremos de acuerdo en que guardaba cosas muy personales de las chicas.

Quizá al recordar lo que vio en la casa, Eddison no discute.

—¿Por qué ella? —pregunta—. Ramírez dice que hay otras que no tienen heridas graves. Están más asustadas, quizá con más ganas de hablar. Ésta parece una chica dura.

—Las demás están pendientes de ella. Quiero saber por qué. Deberían estar desesperadas por volver a casa, pero entonces ¿por qué se vuelven a mirarla y eligen no responder a nuestras preguntas?

—¿Crees que ella podría estar involucrada?

—Eso es lo que debemos averiguar. —Victor inhala profundamente mientras coge una botella de agua de la mesa—. Bueno, vamos a hablar con Maya.

La chica se apoya en el respaldo de su silla cuando los hombres entran en la sala de interrogatorios; tiene los dedos cubiertos de vendas y entrelazados sobre el estómago. No es una postura tan defensiva como Victor habría esperado, y resulta evidente por el gesto de su compañero que a él también lo desconcierta. Ella los mira con desinterés, observando detalles y tomando nota mental de sus ideas, ninguna de las cuales se refleja en su rostro.

—Gracias por haber venido con nosotros —la saluda Victor, pasando por alto que no ha tenido opción—. Él es el agente especial Brandon Eddison, y yo soy el agente al mando, Victor Hanoverian.

Las comisuras de los labios de la chica se elevan en un movimiento tan fugaz que no podría llamarse sonrisa.

—Agente especial al mando, Victor Hanoverian —repite ella con la voz ronca a causa del humo que ha inhalado—. Menudo trabalenguas.

—¿Prefieres Victor?

—En realidad, no tengo ninguna preferencia, pero gracias.

Él abre la botella de agua y se la pasa, aprovechando el momento para recalcular su estrategia. En efecto, no está traumatizada y tampoco es tímida.

—Normalmente hay otra parte en las presentaciones.

—¿Los chismes graciosos? —pregunta la chica—. ¿Como que a usted le gusta hacer cestas de ganchillo y nadar durante largo rato y que a Eddison le gusta recorrer las calles con tacones y minifalda?

Eddison gruñe y golpea la mesa con el puño.

—¿Cómo te llamas?

—No sea grosero.

Victor se muerde el labio para reprimir la tentación de sonreír. No ayudaría a la situación y, sin duda, tampoco ayudaría a tranquilizar a su compañero, pero la tentación está ahí de todos modos.

—¿Podrías decirnos cómo te llamas, por favor?

—No, gracias. Creo que no quiero compartir eso.

—Algunas de las chicas te llamaron Maya.

—Entonces ¿para qué me preguntan?

Victor oye cómo Eddison respira hondo, pero lo ignora.

—Nos gustaría saber quién eres, cómo llegaste aquí. Queremos ayudarte a volver a casa.

—¿Y si les digo que no necesito su ayuda para volver a casa?

—Me preguntaría por qué no has vuelto antes.

Ella casi esboza una sonrisa y mueve una ceja de una manera que podría significar aprobación. Es una chica guapa, con la piel dorada y los ojos de color marrón claro, casi ámbar; pero no es amable. Si él quiere una sonrisa, tendrá que ganársela.

—Creo que ambos sabemos la respuesta a eso. Pero ya no estoy allí, ¿verdad? Desde aquí sí puedo irme a casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—No estoy segura de si aún sigue ahí.

—Esto no es un juego —suelta Eddison.

La chica lo observa con serenidad.

—No, claro que no. Hay gente muerta, vidas arruinadas, y estoy segura de que a usted le supo fatal tener que abandonar su partido de fútbol antes de tiempo.

Eddison se ruboriza mientras se sube más la cremallera de la chaqueta para cubrir su camiseta.

—No pareces nerviosa en absoluto —señala Victor.

Ella se encoge de hombros y le da un trago al agua, sosteniendo la botella con cuidado entre sus manos vendadas.

—¿Debería estarlo?

—La mayoría de la gente se pone nerviosa cuando habla con el FBI.

—No es tan diferente de hablar con... —Se muerde el magullado labio inferior y hace una mueca de dolor ante las perlas de sangre que escapan de su piel agrietada. Da otro trago.

—¿Con? —Victor le refresca la memoria con amabilidad.

—Con él —responde—. El Jardinero.

—¿Hablabas con el jardinero del hombre que te tenía prisionera?

Ella niega con la cabeza.

—*Él era* el Jardinero.

Tienen que entender que no le puse ese nombre por miedo, ni por adoración ni por ningún extraño sentido de la propiedad. Yo ni siquiera le puse ese nombre. Como todo lo que había en aquel lugar, se tejió con los hilos de nuestro desconocimiento. Lo que no se conocía se creaba, y lo que no se creaba al final dejaba de importar. Supongo que es una forma de pragmatismo. Las personas cálidas y afectuosas que necesitan desesperadamente la aprobación de los demás se vuelven víctimas del síndrome de Estocolmo, mientras que el resto caemos en el pragmatismo. Después de ver ambos lados en otros, yo me quedo con el pragmatismo.

Oí ese nombre durante mi primer día en el Jardín.

Desperté con un dolor de cabeza insoportable, cien veces peor que cualquier resaca que hubiera experimentado en mi vida. Al principio ni siquiera podía abrir los ojos. Con cada respiración, sentía punzadas en la cabeza, y ni hablar de moverme. Debí de hacer algún ruido, porque de pronto tenía un paño frío y húmedo sobre la frente y los ojos, y una voz me juraba que era sólo agua.

No estoy segura de qué me desconcertaba más: si el hecho de que era evidente que para ella era habitual preocuparse por eso o el hecho de que fuera una chica. Ninguno de los dos que me habían secuestrado era mujer, de eso estaba completamente segura.

Un brazo se deslizó por detrás de mis hombros, enderezándome con suavidad, y una mano llevó un vaso hasta mis labios.

—Es sólo agua, lo prometo —dijo.

Bebí. En realidad ni siquiera importaba si era «sólo agua» o no.

—¿Puedes tragar pastillas?

—Sí —susurré, y ese mínimo sonido hizo que otro clavo se me hincara en la cabeza.

—Entonces, abre la boca.

Cuando lo hice, ella me puso dos comprimidos en la lengua y me acercó el agua de nuevo. Me los tragué obedientemente, luego intenté no vomitar cuando me recostó con suavidad sobre un colchón firme y una sábana fresca. No dijo nada más durante largo rato, hasta que las luces de colores dejaron de bailar en el interior de mis párpados y comencé a controlar mis movimientos. Entonces, la chica me retiró el paño de la cara y protegió mis ojos de la luz del techo hasta que pude dejar de parpadear.

—No es la primera vez que haces esto —grazné.

Me pasó el vaso de agua.

Aunque estaba encogida en un taburete junto a la cama, era fácil ver que era alta. Alta y fuerte, con unas piernas largas y unos músculos firmes, como una amazona. O, más bien, una leona, porque se doblaba como si no tuviera huesos, igual que un felino. Tenía recogido su cabello dorado oscuro de una manera despreocupada pero elegante, que revelaba un rostro de rasgos fuertes y ojos castaños con toques de oro. Llevaba un vestido negro y suave que se anudaba en la nuca.

Aceptó mi evidente escrutinio con algo parecido al alivio. Supongo que era mejor que si hubiera gritado histérica, situación que probablemente ya había vivido antes.

—Me llaman Lyonette —me dijo cuando ya la había observado lo suficiente y devolví mi atención al agua—. No te molestes en decirme tu nombre porque no voy a poder usarlo. Lo mejor es olvidarlo, si puedes.

—¿Dónde estamos?

—En el Jardín.

—¿El Jardín?

Se encogió de hombros y lo hizo con un movimiento fluido, más grácil que poco elegante.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. ¿Quieres verlo?
Me miró sin decir nada más.

«De acuerdo.» Bajé las piernas por el borde de la cama, apoyé los puños sobre el colchón y me di cuenta de que estaba completamente desnuda.

—¿Tienes algo de ropa?

—Toma.

Me pasó algo sedoso y negro que resultó ser un vestido por la rodilla, ceñido, con cuello alto y espalda descubierta. Muy descubierta. Si hubiera tenido hoyos en las nalgas, se habrían marcado. Me ayudó a abrocharme el cinturón, que era como una cuerda alrededor de la cadera, y luego me empujó con suavidad hacia la puerta.

La habitación era sencilla e incluso austera; en ella no había nada más que la cama, un pequeño retrete y un lavabo en un rincón. En otro había una diminuta ducha descubierta. Las paredes estaban hechas de cristal grueso, con un espacio abierto donde debería ir la puerta; un raíl recorría el cristal a ambos lados.

Lyonette se percató de que yo miraba los raíles y frunció el ceño.

—Bajan unas paredes sólidas para mantenernos dentro de nuestras habitaciones y fuera de la vista —explicó.

—¿Muy a menudo?

—A veces.

El espacio donde debería estar la puerta daba a un pasillo estrecho que se extendía hacia la derecha y sólo un poco hacia la izquierda antes de llegar a otra esquina. Casi justo al otro lado de la puerta había otra entrada con más raíles: conducía a una cueva húmeda y fría. Más allá de la cueva se abría un arco que dejaba pasar una brisa que recorría el oscuro espacio de piedra; fuera, unos destellos de luz brillaban en la cascada que borboteaba y salpicaba. Lyonette me condujo hacia el exterior, al otro lado de la cortina de agua, a un jardín tan hermoso que casi dolía mirarlo. Unas flores brillantes y de todos los colores imaginables crecían en medio de una desenfadada profusión de hojas y árboles, con nubes de mari-

posas revoloteando entre ellos. Un peñasco artificial se erguía frente a nosotras, con más hierbas y árboles en la cima; los árboles de los bordes casi rozaban los lados del techo de cristal, que se elevaba hasta una altura imposible. A través de la parte baja de la vegetación, vi unas paredes altas y negras, demasiado altas para apreciar qué había al otro lado, y unos pequeños espacios abiertos enmarcados por enredaderas. Pensé que podrían ser la entrada a otros pasillos como en el que habíamos estado.

El patio interior era enorme, su tamaño casi resultaba abrumador aun antes de ver la explosión de colores. La cascada desembocaba en un estrecho arroyo que bajaba serpenteando hasta un pequeño estanque adornado con lirios acuáticos, y unos senderos de arena blanca recorrían el verdor hasta las otras puertas.

La luz que entraba por el techo era de un color lavanda oscuro con rayos rosas e índigos: era por la tarde. Me habían secuestrado a plena luz, pero de algún modo no creía que estuviéramos en el mismo día. Me volví con lentitud, intentando contemplarlo todo, pero era demasiado. Mis ojos no podían ver ni la mitad de lo que había y mi cerebro no podía procesar lo que observaba.

—¿Qué diablos...?

Lyonette se rio con ganas, con un fuerte sonido que se cortó de golpe, como si tuviera miedo de que alguien pudiera oírlo.

—Lo llamamos Jardínero —dijo con indiferencia—. Le queda bien, ¿no?

—¿Qué es este lugar?

—Bienvenida al Jardín de las Mariposas.

Me volví para preguntarle qué significaba, pero entonces lo vi.

La chica da un largo sorbo al agua y hace rodar la botella entre las manos. Como no da señales de continuar, Victor golpetea la mesa con suavidad para atraer su atención.

—¿Qué viste? —le recuerda dónde estaban.

Ella no responde.

Victor saca la foto del bolsillo de su chaqueta y la coloca en la mesa entre ellos.

—¿Qué viste? —reitera.

—Mire, hacerme preguntas cuya respuesta ya conoce no me anima a confiar en usted. —Relaja los hombros y se reclina en su asiento con un gesto de comodidad.

—Somos el FBI. Por lo general, la gente considera que somos los buenos.

—¿Y Hitler creía que él era malo?

Eddison se desliza de golpe hasta el borde de su asiento.

—¿Estás comparando al FBI con Hitler?

—No, estoy abriendo un debate sobre perspectiva y relatividad moral.

Cuando habían recibido la llamada, Ramírez había ido directamente al hospital y Victor había acudido allí a coordinar la avalancha de información entrante. Fue Eddison quien inspeccionó la propiedad. Él siempre reacciona con furia ante el horror. Y, con eso en mente, Victor dirige su mirada a la chica que está al otro lado de la mesa.

—¿Te dolió?

—Muchísimo —contesta trazando las líneas en la foto.

—El hospital dice que es de hace algunos años.

—Lo dice como si fuera una pregunta.

—Es una declaración que busca ser confirmada —aclara, y esta vez sí se le escapa una sonrisa.

Eddison lo mira con el ceño fruncido.

—Los hospitales son muchas cosas, pero completamente incompetentes no suele ser una de ellas.

—¿Y qué diablos quiere decir eso? —pregunta Eddison.

—Que sí, es de hace algunos años.

Victor reconoce el patrón de comportamiento tras años de preguntarles a sus hijas sobre sus boletines de notas, sus exámenes y

sus novios. Deja que el silencio se extienda durante un minuto, luego dos, y observa que la chica da la vuelta a la foto con cuidado. Probablemente los loqueros del equipo tendrían mucho que decir al respecto.

—¿A quién le pidió que lo hiciera?

—A la única persona en el mundo en la que podía confiar sin reservas.

—Un hombre con numerosas aptitudes.

—Vic...

Sin apartar los ojos de la chica, Victor golpea la pata de la silla de su compañero, desconcertándolo. Su gesto recibe como recompensa algo que apenas sugiere una sonrisa. No es una sonrisa real, ni siquiera su fantasma, pero sí algo que se le parece.

La chica echa un vistazo bajo los bordes de la venda que envuelve sus dedos, colocada más como si fueran unos guantes que como mitones.

—Las agujas hacen un sonido espantoso, ¿verdad? Al menos cuando no son algo que tú has elegido. Sin embargo, sí es una elección, porque existe una alternativa.

—La muerte —aventura Victor.

—Peor.

—¿Peor que la muerte?

Pero Eddison palidece y la chica lo nota; en lugar de burlarse, le ofrece un movimiento de cabeza solemne.

—Él lo sabe. Pero usted no ha estado ahí, ¿verdad? Leer al respecto no es lo mismo.

—¿Qué es peor que la muerte, Maya?

Ella se rasca con la uña una de las costras frescas en su dedo índice, arrancándola y provocando que unos puntos de sangre se extiendan por la venda.

—Le sorprendería lo fácil que es conseguir herramientas para hacer tatuajes.

Cada noche de la primera semana había algo en mi cena que me volvía dócil. Lyonette se quedaba conmigo durante el día, pero las otras chicas —aparentemente había más que unas pocas— se mantenían alejadas. Era lo normal, según me dijo mi acompañante cuando lo comenté durante el almuerzo.

—Los lloriqueos las estresan —dijo con la boca llena de ensalada. Pese a todo lo que podía decirse del misterioso Jardinero, servía una comida excelente—. La mayoría prefiere mantener las distancias hasta que sepamos cómo se va a adaptar la chica.

—Excepto tú.

—Alguien tiene que hacerlo. Yo puedo soportar las lágrimas si es necesario.

—Entonces debes de estar muy agradecida de que a mí no me hayas visto ninguna.

—Por cierto... —Lyonette pinchó una tira de pollo asado y giró su tenedor—, ¿has llorado?

—¿Tendría sentido hacerlo?

—Te odiaré o te amaré.

—Avísame, intentaré comportarme como corresponda.

Me ofreció una enorme sonrisa, mostrando todos los dientes.

—Mantén esa actitud, pero no la emplees con él.

—¿Por qué quiere que duerma durante la noche?

—Medidas de seguridad. Después de todo, ahí afuera hay un peñasco.

Eso hizo que me preguntara cuántas chicas se habrían arrojado desde allí antes de que él implementara esas medidas de seguridad. Intenté calcular la altura de esa monstruosidad artificial. ¿Siete, quizá nueve metros? ¿Era lo suficientemente alto como para que alguien muriera por el impacto?

Me había acostumbrado a despertar en ese cuarto vacío cuando las drogas perdían su efecto, con Lyonette sentada en un taburete junto a la cama. Pero al final de la primera semana desperté tumbada boca abajo en una camilla con un relleno duro y el olor as-

tringente y denso del antiséptico en el aire. Era una habitación distinta, más grande, con las paredes de metal en vez de cristal.

Y había alguien más en ella.

Al principio no pude ver nada a causa del sueño artificial, que aún mantenía mis párpados pegados, pero podía sentir que había alguien más. Mantuve la respiración pausada y tranquila, esforzándome por escuchar, hasta que una mano se posó sobre mi pantorrilla desnuda.

—Sé que estás despierta.

Era la voz refinada de un hombre con un acento transatlántico. Una voz agradable. La mano acarició mi pierna, subió por mis nalgas y recorrió la curva de mi espalda. Conforme despertaba, la piel se me erizó pese a lo cálido del cuarto.

—Preferiría que te quedaras muy quieta; de lo contrario, los dos tendremos que lamentarlo. —Cuando intenté volverme en dirección a su voz, la mano se movió hacia la parte posterior de mi cabeza para que me quedara quieta—. Preferiría no tener que atarte para hacer esto, arruina los trazos de mi trabajo. Si sientes que no puedes permanecer inmóvil, te daré algo para que así sea. Pero, repito, preferiría no hacerlo. ¿Puedes quedarte quieta?

—¿Para? —pregunté casi en un susurro.

Entonces depositó un trozo de papel suave y brillante sobre mi mano.

Intenté abrir los párpados, pero los somníferos siempre hacían que se me pegaran más de lo normal por la mañana.

—Si no va a empezar, ¿puedo sentarme, por favor?

La mano acarició mi cabello y sus uñas rasparon ligeramente mi cabeza.

—Puedes —respondió en tono sorprendido, pero igualmente me ayudó a sentarme en la camilla.

Me froté los ojos para retirar las legañas que se me habían formado y miré la imagen que tenía en la mano, consciente de que la suya seguía acariciando mi cabello. Pensé en Lyonette, en las otras

chicas que había visto de lejos, y no podría decir que me sorprendiera.

Me asqueaba, pero no me sorprendía.

Se detuvo detrás de mí; el aire que lo rodeaba estaba impregnado de una colonia con olor a especias. Sutil, probablemente cara. Tenía frente a mí el equipo completo de un tatuador, con las tintas dispuestas sobre una bandeja.

—Hoy no haré el diseño completo.

—¿Por qué nos tatúa?

—Porque un jardín debe tener sus mariposas.

—¿Hay alguna posibilidad de que dejemos eso en una metáfora?

Se rio, y su risa se oyó como un sonido fuerte y simple. Era un hombre que amaba reírse y no encontraba suficientes razones para hacerlo tanto como le habría gustado, por eso le encantaba que surgiera una oportunidad. Con el tiempo aprendes cosas, y ésta es una de las más importantes que aprendí sobre él. Quería más alegría en la vida de la que podía encontrar.

—Ahora entiendo por qué le caes bien a mi Lyonette. Eres un espíritu salvaje, como ella.

No tenía una respuesta para eso, nada que tuviera sentido.

Con cuidado, enredó los dedos en mi cabello, echándolo por detrás de mis hombros, y cogió un cepillo. Lo pasó por todo mi pelo hasta que no quedó ni un solo nudo, e incluso siguió después de eso. A decir verdad, creo que lo disfrutaba tanto como otras cosas. Cepillar el cabello de otra persona es un placer tan simple... Al igual que el hecho de que se te permita hacerlo. Finalmente lo recogió en una cola de caballo que sujetó con una goma, luego la enrolló en un pesado moño y lo fijó con un coletero y con horquillas.

—Por favor, tumbate boca abajo de nuevo.

Obedecí y, mientras se alejaba, alcancé a ver unos pantalones chinos y una camisa de vestir. Giró mi cabeza para que no lo mirara, con mi mejilla presionada sobre el cuero negro, y dejó que mis brazos reposaran a los lados. La postura no era muy cómoda, pero tam-

poco terriblemente incómoda. Cuando me preparé para no saltar ni encogerme por el dolor, me dio una suave palmada en el culo.

—Relájate —ordenó—. Si te tensas, te dolerá más y tardará en curar.

Respiré profundamente y obligué a mis músculos a distenderse. Abrí y cerré los puños, y cada vez que los abría soltaba un poco más de tensión de mi espalda. Sophia nos había enseñado eso, especialmente para evitar que Whitney tuviera una de sus frecuentes crisis, y...

—¿Sophia? ¿Whitney? ¿Son dos de las chicas? —interrumpe Edison.

—Sí, son chicas. Bueno, probablemente Sophia cuenta como mujer. —Da otro trago y sus ojos evalúan cuánta agua queda en la botella—. De hecho, también Whitney, supongo. Así que son mujeres.

—¿Qué aspecto tienen? Podemos buscar sus nombres en...

—No son del Jardín. —Es difícil interpretar la mirada que la muchacha le lanza al agente más joven, pues al mismo tiempo es de lástima, diversión y burla—. Antes tenía una vida, ¿sabe? Mi existencia no comenzó en el Jardín. Bueno, al menos no en ese jardín.

Victor gira la foto, intentando calcular cuánto tiempo se necesitó para hacer una cosa así. Tan grande, tan detallada.

—No se hizo todo de una vez —le dice ella, siguiendo la mirada del agente hasta el diseño—. Comenzó con la silueta. Luego estuvo agregando todos los colores y detalles durante dos semanas. Y, cuando terminó, ahí estaba yo: tan sólo otra de las Mariposas de su Jardín. Un dios que creaba su propio y pequeño mundo.

—Háblanos de Sophia y de Whitney —pide Victor, contento por dejar el tatuaje durante un rato. Sospecha lo que pasó cuando estuvo terminado, y está dispuesto a llamarse cobarde si eso significa no tener que oírlo todavía.